

En torno al bilingüismo

"En el vascuence -decía en 1933 un editorial del diario madrileño El Sol- mucho más que en los Fueros reside la originalidad verdadera del País Vasco". La afirmación era, sin duda, una exageración, pero una exageración reveladora. Detrás de ella había una constatación indiscutible: la ~~consideración de la lengua vasca~~ ^{eusquera} como uno de los rasgos diferenciadores de la personalidad histórica del pueblo vasco, tal como han venido afirmando vascos y no vascos desde por lo menos el siglo XVIII, a veces con parcialidad política explícita, a veces sin otra intención que la meramente cultural y científica. Fue a raíz de sus viajes al País Vasco en 1799 y 1801 cuando, según su propio testimonio, Guillermo Humboldt -fundador y primer rector de la Universidad de Berlin y precursor de la lingüística estructural- inició el estudio de la conexión entre los pueblos y su lengua que le llevaría a definir el lenguaje como expresión del espíritu colectivo de aquellos. Humboldt fue el primero -y uno de los más distinguidos- de los muchos estudiosos que tendría la lengua vasca. ~~En 1898, la bibliografía de Vinson enumeraba ya unas 1300 fichas de libros sobre el vascuence.~~

Y, sin embargo, ni el "apasionado amor" por la lengua local que Humboldt notara en sus viajes por el País Vasco ni el esfuerzo de tantos eruditos pudieron detener el declinar del vascuence al extremo que Unamuno, en ocasión memorablemente escandalosa, llegaría a decir que la lengua vasca se moría y que lo único que cabía hacer era organizarle unos funerales de primera. Había, sin embargo, alternativas menos fúnebres: la defensa, promoción y estímulo del vascuence desde arriba, incorporándolo a los estudios de enseñanza primaria y secundaria dentro del País Vasco y fomentando ~~su~~ investigación y análisis científico en los departamentos de filología de las Universidades españolas. El vascuence, el eusquera, es, como tantas veces se ha dicho, la lengua original de los vascos y, por ello, parte fundamental del patrimonio cultural español. Su defensa es, por tanto, en buena medida responsabilidad ineludible del Estado español, tanto más así cuanto que la supervivencia de un idioma como el vascuence en un medio socio-económico como el vasco pudiera, en caso contrario, ser problemática (o, por lo menos, así ha sido). Explicar por qué esa responsabilidad no ha sido sino raramente asumida sería penetrar de lleno en la historia contemporánea de nuestro país y no es ésta la ocasión para hacerlo. Baste decir que la suerte del vascuence ha ido desafortunadamente demasiado unida a las evoluciones de la política, que se ha hecho del idioma en ocasiones arma de partido y que incomprensiblemente han surgido -también en ocasiones- concepciones de España al parecer incompatibles con la enseñanza de varias de sus lenguas.

Y, sin embargo, en el ánimo de todos está o -o así lo entiendo yo- que la enseñanza y promoción de la lengua vasca (como las de las otras lenguas españolas) no pueden ser cuestión política. La suerte del vascuence debe estar por encima de la polémica doctrinal y de tal convicción ha nacido el reciente decreto sobre bilingüismo. Se comprende que para un diputado por Guipúzcoa constituya una auténtica satisfacción haber formado parte del gobierno que ha devuelto al País Vasco el uso de su len-

gua originaria.

El decreto sobre bilingüismo -sin entrar en el detalle de su artí-
culado y en las dificultades que suscitaba su elaboración- era, por
tanto, un paso necesario para la realización de la nueva idea de Espa-
ña que inspira la Constitución de 1978 y que se basa, como es sabido,
en la revalorización cultural y política de los distintos pueblos
que la integran; y era también un paso necesario para el desarrollo
mismo de la personalidad histórica vasca. Porque bilingüismo aquí
no es un recurso del lenguaje administrativo. El bilingüismo es, en
el caso vasco -y me refiero solo al caso español- una constante
cultural del pueblo euskaldún. Quien analice sin pasión su historia
apreciará en ella no ya la historia de una progresiva asimilación
sino la historia de un desdoblamiento cultural. El vigoroso espíritu
colectivo de los vascos, expresado inicialmente en su lengua original,
continuó proyectándose posteriormente, además de en aquella, en caste-
llano: incluso sería oportuno recordar aquí las aportaciones del vas-
cuence al primer castellano si cierta retórica hinchada no hubiera ca-
sido desacreditado el tema.

El ~~uso~~ uso^{se} se haga de la lengua vasca en el futuro es otra cuestión.
Hay quienes temen -y quizá quienes confían- que pueda ser vehículo e
instrumento de indoctrinación ideológica. Flaco servicio al pueblo
vasco y a la lengua misma harían los que la emplearan con ese propó-
sito. Quiero creer, sin embargo, contra aquellos temores que las pala-
bras que en 1846 escribiera el apasionado pre-nacionalista labourtino
Chaho son todavía válidas: "La lengua vasca -decía- no es el verbo
del fanatismo".